

la ciudad y en los del campo. El plan de Moro fue utópico, como lo indicaba el título de la obra en que se encontraba contenido. Utópico y, por lo mismo, irrealizable.

En algunos países, el problema se complica aún más. No es ya sólo la migración incontenible del campo a la ciudad. Hay ciudades que ejercen su poder de atracción no sólo sobre los campos, sino también sobre los otros centros urbanos. Tal, por ejemplo, ocurre en el Perú. Su capital, Lima, lo absorbe todo. No hay otra ciudad peruana que pueda competir con ella. Existe, antes bien, una verdadera "marcha sobre Lima" que acrecienta su densidad demográfica a expensas de las otras ciudades, cada vez más lánguidas, y de las zonas agrícolas, cada vez más necesitadas de brazos.

Asunto que preocupa a los gobernantes y estadistas de casi todos los pueblos, en un camino erizado de dificultades, la solución a tan grave problema social no se presiente por desgracia, ni fácil ni próxima. Para detener el constante éxodo de los campos a las ciudades, habría que crear en los primeros mayores alicientes y mejores estímulos para la vida que en las segundas, lo cual es prácticamente imposible. Una legislación que restringiera el acceso a las ciudades para las gentes provenientes del agro sería atentatoria contra la libertad de tránsito, derecho inalienable de cada ciudadano en su propio país. Leyes sociales podrían tal vez disponer que las industrias fabriles o manufactureras que se crearan en el futuro, lo hicieran en zonas rurales con el objeto de desplazar hacia ellas las masas humanas que la industria necesitare, descongestionando, de esta suerte, parte de la hiperestesia de las urbes; y, aun cuando habría que vencer, para ello, la resistencia de los intereses creados, la solución proyectada sería de limitados efectos y no llegaría hasta la raíz misma del problema. La imposibilidad manifiesta de plantear, aunque fuere en teoría, una solución satisfactoria y definitiva da una idea cabal de la magnitud y trascendencia de este grave embolismo social.

No pocas ciudades andinas de la América Meridional —las del Perú, por ejemplo— contrarían la ley sociológica de la atracción urbana. Tal ocurre en las ciudades ubicadas en regiones de densa población aborigen, porque los indios, desde la época colonial hasta nuestros días, temen a la ciudad y recelan de ella. La ciudad para el indio es sinónimo de abuso, de opresión, de injusticia y de vejamen. Para librarse de todo ello, el aborigen, tal cual lo hacía su antecesor de otros siglos, se refugia también ahora en el agro, en donde aún puede vivir siquiera con respiro de libertad.

Las estadísticas acreditan el ritmo acelerado del incremento de la población urbana, fruto del poder atractivo de la ciudad. La Grecia Antigua tenía varias ciudades que albergaban más de 100 000 habitantes. Dentro de los muros de

Cartago vivieron 700 000 personas. La omnipotente Roma contó con 1 000 000 de habitantes en hacinamiento caótico, en el que algunos estudiosos creen encontrar una de las causas de su decadencia. Al iniciarse el siglo XIX —según los datos que aportan los Woytinsky— existían en el mundo sólo 36 ciudades de más de 100 000 habitantes. México era la única ciudad latinoamericana en la que vivían 130 000 personas. La población de todas las grandes ciudades ascendía en total a 11 500 000 habitantes, lo que entonces, en el año de 1800 equivalía al 1.3 % de la población total. Un siglo más tarde, en 1930, hace apenas 26 años, la estadística acusa un incremento extraordinario y formidable: más de 700 ciudades contaba con más de 100 000 habitantes, con un total de 243 000 000, o sea el 11 % de todos los habitantes del orbe. Hay ciudades, como Nueva York y Londres, que cuentan con más de 10 000 000 de habitantes; París, Berlín, Chicago y Buenos Aires alcanzan los 5 000 000; la ciudad de México sobrepasa los 4 000 000; más de 40 ciudades tienen 1 000 000 de habitantes; más de 57 oscilan entre 500 000 y 1 000 000 de personas.

La revolución económica en todos sus aspectos —industria, comercio, agricultura, transportes, comunicaciones— ha provocado el vertiginoso aumento en el número de las grandes urbes y el extraordinario crecimiento de las mismas.

El notable maestro mexicano Lucio Mendieta y Núñez, autoridad ejecutoriada en los problemas de la sociología urbana, enjuicia, con su habitual acierto, este proceso, y afirma:

No deben olvidarse dos factores de gran importancia: el aumento en el volumen y densidad de la población y el desarrollo de la civilización y de la cultura que en ciertos países determinaron la búsqueda de nuevos procedimientos, de nuevas invenciones mecánicas y sistemas de organización, de control social, para responder a la demanda de satisfactores y de mejores formas de vida de pueblos en constante crecimiento. Los inventos y la elevación de los niveles culturales y de civilización de grandes masas reobraron, a su vez, sobre la sociedad misma, dando lugar a las formidables concentraciones urbanas de nuestros días.

Podrían saludarse estas concepciones como signos de progreso y de bienestar de la humanidad, si no fuese porque se han realizado y siguen realizándose con extraordinaria velocidad y sin ajustarse a una planificación previa, lo que ha originado problemas de convivencia sumamente graves. Esta dualidad, positiva y negativa al propio tiempo, trae sobre la ciudad los más grandes elogios y los peores vituperios. Se han escrito libros sobre "La vergüenza de las ciudades", "La ciudad, esperanza de la democracia"; se les ha llamado "vanguardias de la civilización" o "manchas en el paisaje".

En el juego de los vasos comunicantes, esencia de la vida social, el poder atractivo de la ciudad se equilibra, en parte, con su fuerza *expansiva*. La ciu-

dad es una acumulación de energía humana —demográfica y económica— en un espacio limitado. Acumulación de hombres y de riquezas. Esta concentración proviene del poder de atracción de la ciudad, y tiene un límite que no puede sobrepasar, a riesgo de acarrear gravísimos problemas. Entra en juego, entonces, a manera de válvula de escape, la descarga de los contingentes humanos acumulados. La concentración ha producido un desnivel entre el volumen de la población y las posibilidades de trabajo o las fuentes y distribución de la riqueza. Ese desequilibrio, que puede ser peligroso si continúa indefinidamente, sobre todo si rebasa el límite máximo de resistencia y de cohesión, determina la *fuerza expansiva de la urbe* que puede orientarse en una de estas tres direcciones: a) la *vertical*, como ocurre en las ciudades que, imposibilitadas de expandirse sobre el suelo, a lo largo de la tierra, se expanden hacia lo alto, en la maravilla impresionante de sus rascacielos (Nueva York, Chicago, etc.); b) la *horizontal*, que se realiza en las urbes que no confrontan el problema del espacio (Lima, Bogotá, etc.); c) la *colateral*, abriendo nuevos mercados en el extranjero o en otras zonas del propio país y forjando, de esta suerte, las legiones de emigrantes, en las barcas del éxodo cuyas velas hinchan los vientos cálidos de la esperanza, que van a crear nuevas ciudades o a incrementar la población de las ajenas.

La ciudad afirma un fenómeno fácilmente explicable: su concepto *igualitario o democrático*. Mientras en el campo el hombre de consideración —sacerdote, guerrero, aristócrata, intelectual, profesional o rico— tiene una superioridad especial, independiente de su propio valor, debido al aislamiento, porque aquellos que forman su círculo no tienen con quién compararlo, en la ciudad no ocurre lo mismo, porque esas cualidades pierden parte considerable de su prestigio por la comparación con muchos otros individuos iguales o superiores.

Pese a sus tendencias igualitarias, las ciudades, sin embargo, presentan comportamientos colectivos diferentes y a veces antagónicos, oposición de costumbres y aspiraciones entre sus diversos estratos sociales, aunque puedan tener afinidades de orden moral, religioso, político y estético. En las ciudades jerarquizadas, cada clase o categoría se esfuerza por mantener las distancias sociales, los rasgos y las prerrogativas, o en elevarse a un nivel superior.

La oposición de los grandes intereses colectivos en una misma ciudad determina contrastes más o menos intencionales en toda suerte de comportamientos. Cada clase o categoría tiene su tipo de vida social correspondiente a sus ocupaciones, funciones, recursos, forma de repartición de gastos y cultura intelectual o moral. A medida que mayor es la distancia entre dos clases o categorías, en pugna de intereses, más tiende cada una a conservar su estructura y su carácter propio, costumbres, ideas, expresiones, etc. De dos categorías

vecinas, la de mayor prestigio tiende a servir de modelo a la otra. Cuanto más próximos son los rangos sociales, el espíritu igualitario comporta mejor asimilación. El deseo de elevarse a un rango inmediatamente superior y el temor de romper la solidaridad con el rango inferior se combinan para favorecer la asimilación social. Las clases medias tienden a convertirse en pueblos cuando crece su antagonismo con las clases privilegiadas e imitan a éstas cuando son antagónicas de las clases obreras.

La solidaridad de las diferentes capas de la población urbana y la posición geográfica de las ciudades son factores determinantes del proceso cultural.

El mundo constituye una esencia vital y no un conglomerado de continentes aislados. Se siente y se vive, por eso, el ritmo universal de la ciudad. Pasó ya la época de las ciudades sagradas o de las ciudades políticas. Las ciudades modernas difieren de las antiguas porque dominan más en aquéllas los factores económicos y el impulso cosmopolita. Están por eso en auge, en América, ciudades de ese tipo, como Nueva York, Buenos Aires, México, Río de Janeiro y algunas otras que concentran capitales y brazos, múltiples industrias y vigoroso comercio, que se desenvuelven en acelerado ritmo ascensional, y que están forjando ya, con caracteres recios, en el gigantesco crisol de su propia vida, los pilares de la nueva historia de nuestro continente.

La ciudad, sin la que no hubiera pasado la humanidad la etapa del nomadismo y que, según Ihering, es el sólido lazo que ata al hombre con el pueblo, ha evolucionado en sus caracteres predominantes desde el religioso y político que signan la ciudad antigua hasta el económico que marca la fiebre de las ciudades contemporáneas. Esparta en el Viejo Mundo y Tenochtitlán en la América precolombina son los arquetipos de las ciudades políticas. La Meca y Teotihuacán lo son de las urbes religiosas. A veces, una sola ciudad reúne las dos calidades, y entonces su poderío se acrecienta. Así ocurrió con Roma, la ciudad de los Césares, eterna como la luz y como el tiempo, capital espiritual del cristianismo, y con el Cuzco, capital del Imperio de Tahuantisuyo, "ombli-go del mundo" y asombro de los siglos. A diferencia de las antiguas, el motor y el prestigio de las ciudades modernas es la economía. De ahí que Washington, centro político, sea inferior a Chicago, poderoso centro comercial, y que en Nueva York se le tome el pulso al mundo.

En nuestra época, como consecuencia de la reafirmación de la conciencia internacional y del incremento de las vías de comunicación terrestres, marítimas y aéreas, que vinculan entre sí no sólo a las partes de una misma unidad política, sino también a naciones diferentes, ha surgido lo que Spengler llama "el coloso pétreo de la ciudad mundial", de tipo cosmopolita y heterogéneo, que concentran capitales y brazos, acumulan riquezas y miserias, que son, a la

par, fragua de cultura y cloaca de vicios, epifoco de las industrias, del comercio, de la política, de la ciencia y de la cultura, que, en la pesimista intuición spengleriana terminará esclavizando primero y victimando después a su propio creador, el hombre, acabando por aniquilarse a sí misma; que se desenvuelve en vertiginoso ritmo y que —en un proceso que serviría a Vico para apuntalar su ley de la espiral ascendente— engendra el tipo de ese hombre inteligente, sin raíces en la tierra nativa, desapegado del suelo, trashumante, sintiéndose, como lo quería Sócrates, “ciudadano del mundo”, otra vez sin patria y sin tradición, nuevo nómada que lleva sobre el de la época pastoril la ventaja maravillosa e incomparable de su cultura.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aurel, Pampeu: *El Retorno a la Tierra Nativa*. Universidad de Cluj, Rumanía, 1938.
- Anderson, Nels y Lindeman, E. G.: *Urban Sociology*. New York, 1928.
- Bouge, Donald J.: *Population growth in standard metropolitan areas, 1900-1950, with an explanatory analysis of urbanized areas*. Housing and Home Financy Agency. Washington, D. C., 1953.
- Dotson, Floyd: “Las Asociaciones Voluntarias y la Estructura Social Urbana”, *Estudios Sociológicos II*. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.
- Figuroa Román, Miguel: *Planificación y Sociografía*. Instituto de Sociografía. Tucumán, Argentina, 1946.
- Smith, T. Lynn: *The Sociology of Urban Life*.
- Lorimer, Frank y Osborn Frederick: *Dynamic of population*. MacMillan. New York, 1940.
- MacLean y Estenós, Roberto “La Ciudad y el Campo, *Sociología Urbana Rural*. Obra presentada al Primer Congreso Interamericano de Municipios. La Habana, Cuba, 1938.
- : *Sociología Peruana*. Casa Editora Librería e Imprenta Gil. Lima, 1942. Contiene un capítulo referente al proceso de las ciudades en el Perú.
- : *Sociología Integral*. t. II. Ediciones del Instituto Peruano de Sociología. Lima, 1953. Contiene un capítulo referente al proceso de las ciudades en el mundo.
- Mendieta y Núñez, Lucio: *Urbanismo y Sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1952.
- Moore, Fisher, R.: *The Metropolis in Modern Life*. Doubleday & Co. Garden City. New York, 1955.
- Noel P. Gist y Albert, L. A.: *Urban Society*, 1933.
- Queen, Stuart A. y Thomas, Lewis F.: *The City: a Study of Urbanism in the United States*. Ed. MacGraw Hill Book Co. New York, 1939.
- Sorokin, Pitirim A., Zimmerman, Carl C.: *Principles of Rural-Urban Sociology*. Henry Holt & Co. Inc. New York, 1929.
- Wilkins, L. T.: *Estimating the Social Class of Towns*. The Social Survey. London, 1952.

## DE LA NECESIDAD DE CONCEPTUALIZACIÓN EN MATERIA DE SOCIOLOGÍA URBANA

Por Pierre HADJI-DIMU \*

Apenas si es necesario hablar de la confusión que se enseñorea del pensamiento sociológico desde el momento en que la sociología aborda los problemas relativos a las aglomeraciones que se sitúan en el medio urbano o en el que se designa de este modo, en una forma más o menos empírica. Pero tampoco debemos hacer otra cosa que no sea señalar esta confusión en la misma forma en que la señalamos muchas veces en que hubimos de hacerlo, deplorándolo, durante las conversaciones que tuvimos con el Profesor Émile Sicard durante la preparación del plan de trabajo que debía de dar como resultado la elaboración de las comunicaciones que nuestros colegas del Centro de Estudios y de Investigaciones Humanas y nosotros mismos hemos tenido el honor de hacer llegar al Séptimo Congreso Nacional de Sociología (de México),<sup>1</sup> conversaciones de las que esta comunicación contendrá un cierto número de elementos y de conclusiones. Otras personas, a más de nosotros, habían señalado ya esta laguna y entre ellas se cuentan, en primer término, quienes han redactado, bajo la ilustre dirección del Profesor Lucio Mendieta y Núñez, el Temario de este Séptimo Congreso. Los primeros títulos de la Sección Primera —especialmente los párrafos sobre “Definición, objeto, contenido, métodos y finalidades de la Sociología Urbana” o “La Urbe como objeto de estudio de la Sociología. Su definición. Sus diversos aspectos sociológicos” y, más particularmente aún, “Características de las ciudades. Tipología de la ciudad”— representan un llamado a una conceptualización en el dominio preciso de la Sociología urbana.<sup>2</sup>

\* Pierre Hadji-Dimu es Doctor en Derecho, Asistente a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Atenas, Secretario Científico del Centro de Estudios y de Investigaciones Humanas de París. Su trabajo fue vertido del francés por Oscar Uribe Villegas.

<sup>1</sup> Véanse las comunicaciones enviadas a este Congreso por Michelle MackLajberich, A. Da Cruz Guimarães, H. G. Muller, J. Semler-Collery, Y. Ortiz, B. Eisenreich y muy especialmente la del Profesor Sicard.

<sup>2</sup> Véanse Convocatoria y Temario del Séptimo Congreso Nacional (Mexicano) de Socio-